ROBERTO DE LAS CARRERAS, INICIADOR DEL SIMBOLISMO EN EL URUGUAY

POR

DORA ISELLA RUSSELL

I. El hombre de una época

Roberto de las Carreras es en la literatura uruguaya el prototipo del *condottiero* intelectual. Se piensa en aquellos señores feudales crueles y magníficos que se embarcaban en la aventura de las Cruzadas para añadir un cuartel más a su escudo y un peligro más a su vida, o en un príncipe renacentista que manejara el puñal y el veneno entre sonrisas.

Fue escándalo en el Montevideo pueblerino, al que sobresaltaban sus impertinencias de niño terrible, susto de madres, amenaza de novios y maridos, y secreto sueño prohibido de las adolescentes. No podía sospechar nadie, en el umbral del 900, que a aquel muchacho gallardo y espectacular le estaba reservado un destino melancólico.

De su biografía galante y aventurera, de sus extravagancias y desplantes, se ha hecho crónica repetidamente, y las sabidas historias han pasado de un autor a otro sin que ninguno, desde que Zum-Felde las reunió en capítulo en su *Proceso Intelectual del Uruguay,* añadiera datos esenciales a lo ya dicho por éste.

No lo pretendemos, tampoco. No es fácil, por otra parte, porque medio siglo separa su época de la nuestra —*apenas* medio siglo del cual hay todavía testigos que oralmente han transmitido relatos más o menos fidedignos, *ya* medio siglo que para nuestra generación configura una perspectiva suficiente como para que la anécdota se envuelva de leyenda y lejanía—.

Y se nos aparece aquella época como un tiempo pasado que fue, efectivamente, mejor, y del que nos llega una estereotipada tarjeta postal de melenas airosas, corbatas de lazo y empenachadas actitudes cándidamente agresivas; bohemia envuelta en humo de cigarros y aroma de cafés tomados hacia las madrugadas; hora de la hipertrofia del adjetivo, en que se prodigaban las palabras «pontífice», «joyel», «burilar», «orfebre», y todo se escribía con mayúsculas; cuando la literatura era un privilegio de «elegidos», de «ungidos de la gloria», de «hierofantes»; y la sublime tontería poética aureolaba al hombre de

un nimbo celeste y maldito; los chalecos rojos convenían al color de las pasiones; la búsqueda del vocablo precioso justificaba los ocios líricos, y el altillo se consagró como *turris eburnea* asumiendo su rango máximo en la *Torre de los Panoramas* de Julio Herrera y Reissig. Todo condecía con el ampuloso estilo de una época en que a fuerza de engolar la voz se engolaba la vida, actitud humana que encubría con oropeles enfáticos su desconcierto ante las nuevas ideas filosóficas venidas de ultramar a fines del siglo XIX. «Generación esencialmente escéptica e individualista, sin ideales definidos ni orientaciones seguras, su agudo intelectualismo se resolvió en la inquieta delectación ecléctica del dilettante» —observa Zum-Felde, que señala también el «escepticismo universal» que se disimulaba detrás de aquel amaneramiento vital, que no dejó de ser sincero.

Roberto de las Carreras se asomó al 900 ya con la mitad cumplida de la biografía que de él se conoce. Había nacido en 1873, según unos, en 1875 según otros; esta última fecha es la más probable. Con las compensaciones, para su origen ilegítimo, de la fortuna y el linaje, el hermoso niño rico fue creciendo entre halagos, que no contribuyeron por cierto a mejorar su índole voluntariosa, egocéntrica y original, que tempranamente desembocó en la literatura; allí encontró una forma de holganza que convenía a su escaso sentido práctico de la vida y a los dones naturales de un temperamento inquieto, ardoroso e imaginativo. Indudablemente, comenzó por el romanticismo, un romanticismo nutrido de Musset y de Byron *(Que son mis dos parientes más cercanos),* el más apropiado para el fogoso y turbulento espíritu del adolescente. Esa modalidad debió privar, según lo que él confiesa en los versos de *Al lector,* en un libro anterior que hemos buscado infructuosamente, *Poesía (El libro que hice un día / Y se vendió tan mal),* al que alude el autor en forma irónica: *Y volviendo a «Poesía» / La primera obra mía, / No trato de negar que antes yo me encontraba / Entre los que han formado en el Romanticismo / Y por tanto gustaba / De cantar al azul, a la noche, al abismo... / Del cielo iba a la tierra y de la tierra al cielo / Aunque esto no es en mí por cierto sorprendente, / Pues tengo la locura en las alas y vuelo / Desatinadamente.* No engaña el tonillo zumbón; el poeta veinteañero disfraza con su sonrisa burlona, su altanería y sus alardes de elegante cinismo, el amargo descreimiento y una insatisfacción que ya se insinuaba en él. Samuel Blixen comenta este rasgo de su carácter en un extenso artículo publicado en el diario *El Día,* de Montevideo (1-VII-1895): «Hay en el sarcasmo de nuestro poeta un singular encanto: el de lo inexplicable. No ha sufrido aún puesto que apenas comienza a vivir: ¿de dónde le viene entonces esa obsesión del dolor que hay en su

alma melancólica?» En efecto, todo parecía señalarlo como a un mimado de la suerte; nada justificaba un sentimiento de infortunio. Aún no había ofendido con sus ideas corrosivas el ambiente, y si acaso se advertía en él alguna rareza, se le aplaudía como capricho de niño grande. *A casi todos mi persona inspira / Una especie de burla cariñosa,* festeja risueño. El talento era indudable. Disponía de una fortuna que ni él mismo sabía. Traía abolengo. Acaso el convencimiento de su alcurnia explica su orgullosa superioridad, la audacia de sus modales, su modo de vivir y sentir tan imbuido de prejuicios aristocráticos, aunque no le hubieran llegado por la vía de la legitimidad. Insiste, recalca su estirpe linajuda, entroncada con viejas familias patricias de prosapia virreinal, los García de Zúñiga, Alzaga y de Elía por la línea materna; los de las Carreras y los de Viana por la paterna. Dirá de sí: «Yo, que ostento imperialmente en mis blasones catorce siglos de nobleza: el Aguila de Viana, de alas pujantes, abiertas en la iniciación del vuelo; el Caballo de Carreras a escape en un campo azul, bajo una lluvia de estrellas; ... yo, García de Zúñiga, aristócrata revolucionario...» Así, enfáticamente, refiere su ascendencia, como aquellos guerreros homéricos que antes de entrar en la batalla hacían la enumeración de sus antepasados. Y unía a ese orgullo de casta la prestancia física, que, en los retratos de mocedad, despierta reminiscencias de algunos cuadros de Van Dyck. Si bien generalmente coinciden en el elogio de su llamativa gallardía los testimonios de quienes le conocieron en pleno esplendor, hay versiones que se contradicen. Pablo Minelli González habla de su mirada «de un agudo verde pálido, casi azul» y de sus «labios gruesos», cuando lo primero que advertimos al conocerle, en horas de ocaso, fueron los ojos oscuros y pequeños, de mirar intenso —tal cual lo señala J. C. Sabat Pebet en una interesante crónica publicada en el suplemento dominical de *El Día* (9-III-1952), y la boca menuda de labios finos. «Se le leía poco», añade Minelli. «El primer libro nacional que se vendió y se leyó de veras», opone Orosmán Moratorio, a propósito de *Sueño de Oriente.* La evocación de don Domingo Arena nos traza la convencional silueta que de Roberto se conserva: «Llegó Roberto de las Carreras, alto, elegante, muy fino, vestido a lo poeta, con traje claro, corbata elegante de moño y gacho de anchas alas. No se separaba jamás de su elegante junquillo... publicaba en *El Día* sus hermosos versos. Solía enamorarse platónicamente. Roberto miraba, admiraba y soñaba...» En el viejo edificio de la calle 25 de Mayo, la tertulia de los literatos dio al citado diario un tinte de bohemia. «Con él, Fernández y Medina y Torrendell, se formó como un cenáculo literario, en el que yo hacía de pinche —prosigue Arena—. El recuerdo del poeta se enlaza estrechamente al diario

de Batlle y Ordóñez, ligados por la amistad, la comprensión y el afecto recíprocos. Allí puso el hombro en algún momento económicamente difícil, cosa que don Pepe, que entre otras grandezas tuvo la virtud eminente de la gratitud, no olvidó nunca. Allí publicó Roberto sus poesías, antes de recogerlas en volumen; muchas todavía inéditas en libro, deben andar dispersas en las grandes hojas que más de tres cuartos de siglo han vuelto amarillas y quebradizas. Allí publicó el texto insolente y desafiante de alguna polémica de la que ya hablaremos. Allí Blixen publicó la admirable semblanza —"La revelación de un poeta"— ya citada. Allí fue siempre nombre querido y predilecto. Y cincuenta o sesenta años más tarde el mismo diario recogió estas páginas que intentan apresar al curioso protagonista de una existencia llena de claroscuros. Vale la pena señalar el vínculo, cuando, casi hasta el fin, para Roberto seguían vivos los amigos de entonces. Alguna vez que le visitamos, en 1957, se nos ocurrió decirle: "Le traigo saludos de don Pepe" (¡Don Pepe, muerto en 1929!). Y su reacción inmediata fue: "Ah, ¡El director de *El Día!*"»

A mediados de 1895 decidió de golpe —«como cosa mía»— salir de viaje. Y en un suelto donde se adivina la mano cordial de Batlle, leemos lo siguiente: «Roberto de las Carreras se embarca esta tarde en el *Victoria* rumbo a Europa. Va a España, a Madrid, a publicar versos y tirar el florete con Athos, según dice. Sin embargo, este viaje inesperado, precipitado como una huida, nos sorprende a todos sus amigos; y hecho ahora, cuando sus últimas composiciones han sido un verdadero triunfo, nos parece una escapada de muchacho mimado y voluntarioso y nos da la esperanza de una vuelta pronta. Desde hoy, al llegarnos el Correo de Europa, antes de buscar los nombres del Canciller de Caprivi, del Zar de Rusia, de Sagasta, de Cavalloti, de Cristi —¡perdónennos los grandes asuntos sociales!— buscaremos con ansias el nombre de nuestro querido amigo.» *(El Día,* 9-VII-1895.)

No se limitó a España el recorrido; visitó otros países; le deslumbró Italia; en Francia —digamos mejor «París»— el refinado halló la verdadera patria de su espíritu. Se le afrancesa el alma, y el estilo, y siempre se sentirá desubicado en su ciudad natal, «La Aldea», como pondrá al fechar algunas producciones, o «Tontovideo», o «La Toldería». Dícese que también llegó a Turquía, mas no se ha podido confirmar el dato. Tal vez sí, pues su inquietud y afán de cosas exóticas no es raro que le condujera hacia tierras que entonces representaban un orbe fabuloso para la fantasía.

Los nuevos horizontes se graban en su sensibilidad dándole una peculiar concepción de hombres y cosas. «Fue el Viejo Mundo —escribe el gran escritor ecuatoriano Alfonso Rumazo González— que puso en

sus manos la lámpara de la originalidad y el dejo de la rebeldía.» *(El Universal,* Caracas, 3-IV-1954.) Cuando regresa trae consigo el descontento hacia las convenciones de la sociedad, la rebeldía exacerbada hasta lo desafiante, el afán de sobresalir llevado a la excentricidad. Prende fuego a la mecha de las normas burguesas, con sus ideas en defensa del amor libre y el divorcio. En torno de él se levantan las barreras de una sociedad ultrajada, que presta al hermoso Luzbel una fábula pecaminosa, de hombre perverso, peligroso. Su satanismo cunde y su insolencia se afirma. Roberto fue, en la sociedad semicolonial, la ruptura con el lugar común. Se sabía proscrito y admirado, negado y observado, objeto de curiosidad y de temor. Se le seguían los pasos, se le imitaba, se repetían sus frases, se anotaban sus anécdotas, y él sabía que escandalizaba y atraía. Le gustaba; era «su estilo». Para completar la obra de sus ideas disolventes, se acercó más tarde al «Centro Internacional de Estudios Sociales», que funcionaba en un local de la calle Río Negro, esquina Maldonado. Se había fundado hacia 1892 o 94, al incendiarse la logia «Garibaldi» de la calle Soriano, y habían pasado a integrarlo la mayoría de sus componentes: Leopoldo Ardinghi, Antonio Verdecanna, Francisco Perri, Pascual Lorenzo, Francisco Frangella, Miguel Cámera; el pintor Di Lorenzo, Tulio Pessani, y otros; casi todos sastres y zapateros. ¿Qué atrajo al aristócrata hacia aquella juventud italiana influida por Malatesta? Sin duda, la novedad, el fermento social, la discusión de ideas, el lado humano de la vida, que también sedujo a Florencio Sánchez, enseñándole a ver problemas que plantearía en sus dramas, y asimismo a Vasseur y a Bianchi, que se incorporaron después.

Ese halo de potea maldito deslumbró a Julio Herrera y Reissig, que quiso conocer al discutido y donjuanesco rebelde. Fueron tan amigos como enemigos, pues la relación se cerró con una agria polémica. Menor que Roberto, Julio halló en éste un cicerone avezado que le reveló la literatura francesa e italiana del momento, influyendo poderosamente con el ascendiente de una literatura de autodidacto, de tipo humanista, pues dominaba varias lenguas vivas y el griego y el latín; ejercitó ese bagaje en el discípulo talentoso, al que inició en una corriente poética llena de novedades y tentaciones. Roberto fue «el Maestro de la Torre», como alguien ha dicho, y es innegable la órbita de su tutoría en la formación y posterior desenvolvimiento del astro de Julio Herrera y Reissig. Una obra cumplida y genial, por parte de éste, arroja en penumbras la del otro, inacabada, irregular y llena de altibajos. Pero el personal influjo no debe desdeñarse, pues corresponde reconocer a Roberto de las Carreras su lugar incuestionable de iniciador estético. «El dandy hermoso y llamativo de los rizos rubios,

la elegancia petulante y los versos eróticos, debió descubrirle y revelarle el modernismo», anota «Lauxar». En cuanto a Ventura García Calderón, ve en Roberto de las Carreras al «legítimo introductor de la nueva escuela en el Uruguay; y en sus dos hermosos libros de prosa poética, *Saludo a una palmera* y *Psalmo a Venus Cavalieri,* encontramos ya el frenesí del tropo y de la mayúscula, esa fosforescencia verbal que llegaría al *delirium tremens,* pero también a novedades magistrales del vocablo y la rima, en el espíritu desorbitado y genial de Julio Herrera y Reissig.» Y Alberto Zum-Felde reconoce por su lado: «El (Roberto) fué quien introdujo en el círculo incipiente de la Torre, el filtro de cantáridas de su sensualismo y el dandysmo cínico de su acracia.» Alvaro Armando Vasseur, en *Maestros Cantores,* refiere de este modo la posición intelectual de Roberto: «Entonces, ni Rodó, ni María Eugenia, ni su hermano el filósofo Vaz Ferreira, sabían de Reissig. El único "esteta" que descollaba era Roberto de las Carreras, como lo prueba la prosa de *Sueño de Oriente* y las poesías humorísticas, anteriores a las de Darío, insertas en *El Día* de Montevideo.» «Entonces —insiste Vasseur— el maestro estilístico del altillo, que Reissig llamaba "la torre", era Roberto.» Y ubica el período de influencia en el lapso que va de 1897 a 1902. Téngase en cuenta que éstas son versiones de quienes vivieron al lado suyo, y no siempre los más próximos saben ser imparciales u objetivos. Cuando las pasiones reverberan no es fácil ser ecuánime. Y aquella generación que cultivó la egolatría no era la más apta para justipreciar a sus contemporáneos.

De todos modos, se deduce que Roberto de las Carreras era en aquellos momentos iniciales del siglo un personaje digno de atención y cuidado, y que Julio Herrera y Reissig recibió de él un influjo notorio que superó después por sus propios valimientos. Al fundar en 1899 *La Revista,* pide a Roberto una colaboración: allí está en el primer número (20-VIII-1899) la «Galantería» para con *La Revista,* atestiguándolo. En el número 8 (25-IV-1900) el propio Herrera y Reissig le exalta, elogiando *Sueño de Oriente,* «la nota más anticonvencional dada en el pequeño teatro de nuestra literatura». Y destaca: «Roberto de las Carreras es un sibarita que sienta mal en el rebaño burgués de nuestros literatos.» Sin duda, el «rebaño» no podía sino mirar con ojeriza al singular colega que servía de referencia para tan poco favorable cotejo. En el número 10 (25-V-1900), Manuel J. Sumay, y en el número 11 (10-VI-1900), Oscar Tiberio, argentinos ambos, tejen el encendido panegírico de dicho opúsculo, con un estilo que busca corresponder al clima especioso y sensual del libro comentado, «estrignina *(sic)* en copa de oro». En el número 12 (25-VI-1900), Julio le ofrenda su poema «Plenilunio», con esta sugestiva dedicatoria: «Al sultán Roberto

de las Carreras.» Hasta que un día Roberto, públicamente, protesta, porque se cree saqueado, y reclama a Julio Herrera y Reissig la paternidad de una metáfora. Se defiende, atacando también, el otro, y la polémica sube de tono por parte de Roberto, que desnuda intimidades con virulento desenfado. Esto fue por 1906; las cartas de Roberto y las de Julio pueden verse reproducidas en *Número* (enero-junio 1950), que transcribe también el ácido altercado entre Roberto y Vasseur, publicado en *El Día* de 1901. Insultos, ultrajes, acusaciones, destemplanzas..., malcrianzas, todo saturado de airada acometividad, ventilado por nuestra prensa de antaño, que creeríamos demasiado pacata para dar cabida a tales desahogos, amplía un poco nuestro conocimiento de aquella sociedad montevideana, a todas luces tan ávida de escándalo como cualquier ciudad de nuestros días.

Roberto de las Carreras copió de su propia vida el tono de su literatura. Vivir le ocupaba más tiempo que escribir. Por eso la totalidad de la obra publicada cuajó en opúsculos livianos, de pocas hojas, cuidados en el detalle tipográfico con pasión de *gourmet* intelectual. Además del ya nombrado y nunca visto *Poesía,* y luego *Al lector,* de 1894, edita en 1900 *Sueño de Oriente* —dedicado a Arturo Santa Ana—, y en 1902, *Amor libre,* perverso alegato donde escarnece el amor matrimonial, entre sonrisas que disfrazan mal su despecho. En el fondo es una feroz venganza de su malaventura conyugal, por haberle engañado su esposa Berta Bandinelli. *Parisianas,* en 1904, recoge en 52 páginas comentarios críticos expresados en una prosa rutilante y opulenta, donde mondando la fronda de las metáforas pueden descubrirse bellos aciertos. *Psalmo a Venus Cavalieri, Yo no soy culpable, En onda azul...,* los tres de 1905; *Oración pagana,* de 1906; *Don Juan, La visión del arcángel,* en 1908; *La Venus celeste,* en 1909; *Suspiro a una palmera,* en 1914, aprisionan en ediciones llamativas su irregular monólogo literario. Los poemas primigenios publicados en *El Día,* se habían caracterizado por un matiz risueño y provocativo, jugando al pesimismo, que más adelante se hará sombrío y mordaz. En ellos prevalecía todavía el buen talante de la juventud, el gusto de la humorada, la pirueta traviesa. *Represento un atentado / A las buenas costumbres,* declara ufano en un poema irreverente y festivo a propósito de un artículo del Código Civil que le perjudica. Es verdad que con tal poema no modificará la Ley, pero él se da el gusto, a sabiendas de que molestará a algunos: *Y acaso a muchos les dará tristeza / Que publique estos versos... Con certeza / Doy con ello un disgusto a mi familia.*

En otra ocasión, ante el rechazo o el temor de la mujer que él corteja, dice con magnífica arrogancia: *En cuanto a tu marido / Será*

sólo cuestión de un duelo a muerte. Pero no falta el toque liviano, lleno de gracia: *Espiritual, risueña, descuidada, / Parece que el azar la hizo jugando.* O el impulso rico de lirismo, donde deja sarcasmos a un lado, y se muestra elegíaco y melancólico; como su monólogo frente al mar: *¿Dónde están las sirenas, las ondinas? / Mis aficiones, demasiado finas, / Quieren alguna cosa sorprendente, / Pero a mi alcance, desgraciadamente, / No quedan nada más que aves marinas.* En el poema «Desolación» es —de lo que conocemos suyo— donde se le encuentra más desarmado, más triste y más sincero; el tono de la verdad es evidente: *Tuve miedo: la sombra estaba enfrente...* ¿Imagen poética o presentimiento? *Me encontré con el alma dolorida / En una tierra cruel, desconocida, / ¡Y nadie me esperaba! / ¡Siempre estoy solo! En mi dolor maldito / Hay algo de infinito / ¡Y nunca empieza porque nunca acaba!* ¿Qué le dice a la mujer amada? ¿Tal vez enciéndese de nuevo en esperanzas? *Mas no; te he hallado tarde. La existencia / Te ha gastado, te ha dado la experiencia / De una jornada entera / Todo en tu corazón está lejano, / Y mi amor desolado llama en vano / Tu antigua primavera.*

En nuestra literatura, sin embargo, lo más conocido y característico de la creación de Roberto de las Carreras, es el *Psalmo a Venus Cavalieri,* publicado en 1905. Eugenio Alsina nos hace ágilmente el más completo bosquejo biográfico que hemos leído sobre la actriz y a él remitimos a quien le interese (suplemento dominical de *El Día,* 20-II-1944).

Lina llegó a nuestra ciudad, por vez primera, en los comienzos del siglo. Vino, la vieron y venció. Triunfó y rindió voluntades a su paso. Las mujeres la envidiaron y los hombres suspiraban por ella. Noche a noche, en un palco delantero del teatro Solís, un hombre atildado y llamativo, avasallado por la beldad, asistía, exaltado, a las funciones: era Roberto de las Carreras. De ese amor unilateral nació el poema que tanta celebridad sigue arrojando sobre los dos protagonistas del curioso idilio, a más de medio siglo de aquella juventud y aquella embriaguez, cristalizadas para siempre en el *Psalmo a Venus Cavalieri.*

Espectacular, de formato grande, ostentando el título en letras áureas sobre las tapas ocre atadas con lazos de seda roja; rojas las gruesas hojas, impresas en tinta negra —salvo el ejemplar destinado a Lina, que se imprimió con polvo de oro auténtico—, y en cada página par, una foto original de la famosa cantante, en el apogeo de su juvenil belleza. Y roja la llamarada pasional que galopa desordenadamente en el jadeo atorbellinado del poema. Se ha hablado siempre de la prosa suntuosa y elástica del *Psalmo:* estamos en condiciones de afirmar —manuscrito a la vista— que originariamente fue escrito en versos, de

ROBERTO DE LAS CARRERAS

Doña Clara de Zúñiga, madre de Roberto de las Carreras, bisabuela de la autora

medida arbitraria, pero articulados en estrofas, con un ritmo deliberado; y la prosa que conocemos no es sino la yuxtaposición de un verso a continuación del otro, lo que explica la musicalidad y amplitud del período.

En el *Psalmo,* el esteta incendiado y platónico escribió con su pasión la más elocuente de sus lucubraciones, enamorado a lo lejos de la actriz, a la que había conocido en Francia, y que nunca llegó a hablar con su enamorado salmista. Hubo para ella un volumen especialmente impreso y encuadernado con el lujo y buen gusto más exigentes, y fue otro exquisito, Julio Raúl Mendilaharsu, el portador del mismo, en un viaje a París. Nunca se ha sabido qué dijo la Cavalieri, y acaso haya en sus memorias alguna constancia del episodio, si acaso llegó a aquilatar el valor del homenaje: era demasiado bella y no vamos a exigir que, además, fuera inteligente «la mujer más hermosa de todos los tiempos», como la adjetivó D'Annunzio, entendido en la materia. Pero quizá estamos siendo injustos con su sombra.

Dos cosas conviene aclarar en torno del asunto: que Roberto no mantuvo con ella vínculos personales, y que no fue por ella que le sobrevino la locura, como han dado en decir algunos cronistas mal informados. Es absolutamente falso que la pasión del poeta por la Cavalieri resultara causante del mal, de origen hereditario.

Digamos también que el mórbido estilo, arrebatado y erótico del *Psalmo,* donde parece oírse la culminación de una sinfonía, atrae sobre sí las miradas de tal modo que poca atención se presta a las restantes obras. Pero si leemos *En onda azul...,* por ejemplo, nos sorprenderá una ternura remansada, donde el amor no es el hálito quemante y demoníaco, sino la ebriedad dulce del ensueño, con un desmayo de hombre fatigado que busca puerto para sus hastíos: *Sus manos de siderales dulzuras han de inspirar un ruego: ¡Tener el huérfano corazón dormido en ellas!... En ella se desangrara mi ternura...*

II. El atardecer de Luzbel

El literato calla mientras el hombre sigue viviendo. Suerte, fortuna, se evaporan juntas. Dos balazos —amor y jactancia de por medio— lo ponen en riesgo de morir. Cuéntase que recién herido, acudió a su lado un joven amigo exclamando: «¡No se muera, maestro, no se muera!», y el moribundo tuvo presencia de ánimo para contestarle, displicente: «Un discípulo de Juliano no se muere de dos balazos». Genio y figura...

Pero van a empezar los años sombríos, el desamparo económico insoluble para el soñador que alguna vez, con buen humor, escribiera:

¿Cómo queréis que viva sin dinero? / No lo puedo ganar, y ni se acuerda / de tal cosa, mi espíritu ligero. / Por lo demás, colocaría un cero / Lo mismo a la derecha que a la izquierda. Era la verdad. Y el «dandy» soberbio y empobrecido, incapaz de pedir nada, tuvo su providencia en don Domingo Arena, que, discreto y generoso, informó de inmediato a Batlle y Ordóñez, entonces Presidente de la República, de la angustiosa situación del amigo. Diligente, don Pepe dictó un decreto —que, casualidad o intuición, encontramos en el mismo año 1957, en que cumplía medio siglo de promulgado—, por el cual se nombraba a Roberto cónsul en La Plata, en la República Argentina (26-II-1907).

«Los "dandys" no saben otoñar», leímos alguna vez. Para Roberto, el transplante de La Plata a Asunción (decreto 23-VII-1913) —que entendemos que no se cumplió— y a Paranaguá (decreto 7-X-1913), fue, sin duda, una prueba amarga, que entenebreció su espíritu cada día más divorciado del medio que le rodeaba. ¿Cómo conciliar su estilo de vida exquisito, de consumado sibarita, con la atrasada ciudad tropical de Paranaguá? Allí leía vorazmente, como lo prueban las largas listas de libros que encargaba a librerías francesas, afrancesando su nombre: «Robert des Carrères», al firmar los pedidos. Nada sabemos en concreto de su proceso íntimo en aquel exilio consular, pero es fácil presumirlo. En una factura del Hotel Guarany, del 1 de abril de 1914, llama la atención la frecuencia con que aparece la palabra «leite». ¿Vivía de leche exclusivamente? Sabemos que hasta su muerte, su régimen alimenticio era vegetariano. Que en otras épocas ingería huevos crudos por docenas. Pero nos asombra ver en la factura, consignadas en el mismo día, «31 garrafas de leite».

La tormenta sopla sobre sus nervios desquiciados. Vuelve a Montevideo. Prolongados pedidos de licencia por enfermedad, de 1914 a 1925, denuncian la agravación del mal síquico. Vive solo, en una vieja casa de Villa Dolores. Se siente perseguido. Por esa época se vincula a él un jovencito de catorce años, que será su secretario, y cuyo carácter firme le permitió alternar con Roberto sin temer sus crisis violentas ni sus vuelcos de humor. Ese joven será después secretario dilecto de Mendilaharsu, pues reunía capacidad y hombría de bien a la cualidad rara de la discreción y modestia personal; se llamaba Atilio Verdecanna, que pudo tomar Rodó para modelo de *Los que callan,* y a cuya colaboración amable debemos algunos informes sobre el tema. Roberto le dictó durante casi tres años —1914, 1915 y parte de 1916—, durante muchas horas diarias, como si ese monólogo en voz alta le aliviara la continua tensión del alma. Transcribimos los apuntes de Verdecanna, precisando el tema de aquellos dictados:

«La sirena del Adriático» —evocación de Italia, Florencia y Vene-

cia—. «El Renacimiento, con evocaciones magistrales del poeta Máximo». «Un libro sobre el Brasil, como nación y como raza». «Un libro sobre América, en el que destacaba en primer término, como un símbolo, el *Facundo,* de Sarmiento, y la evocación de la ópera *Guaraní,* de Juan Carlos Gómez». «Un libro sobre arte, con profundos estudios críticos, donde evidenciaba, con relieves maravillosos, su enorme cultura mitológica —persa e hindú— hasta detenerse en proyecciones insospechables sobre «El arte desde el punto de vista sociológico».

Todo esto, nunca publicado, se ha perdido, o yace sepulto en la maraña de balbuceantes manuscritos que Raúl de las Carreras, el hijo (un gentilhombre más a la vieja usanza que de estos tiempos, que creía —experiencia de familia— en la sola posesión de la cultura como fortuna duradera) nos confiara. Evocaba Verdecanna el chisporroteo de elocuencia, la facundia imaginativa que se desbordaba, obligando al adolescente a escribir de prisa, hasta ampollarse los dedos, para seguir el ritmo alucinado del dictado apremiante.

La enfermedad lo acorralaba. Todo se le volvía enemigo. Para defenderse, adquirió un revólver —el 4 de junio de 1915—; un Smith & Wesson, calibre 38, que entonces, con 25 cartuchos, valía ¡sólo veintidós pesos! Al dorso de la boleta, ha garrapateado frases febriles y oscuras; pero una más legible nos apena: «¡Sale de herencia la locura, eh?», que ahí, en esa factura, cobra singular expresividad. ¿El advertía, pues, su desequilibrio mental? Sin duda. No sin esfuerzo hemos descifrado algunos párrafos. Roberto se acechaba. Sentía dentro suyo una amenaza, pronta al zarpazo. Palabras y palabras se repiten, con ritmo alucinante, mortificante. En la dislocada escritura nos impresiona la palabra *riel;* también la palabra *martillo;* no logramos comprender el texto, pero las adivinamos de intención agresiva, amenazante. Es el proceso de un alma sufriente, acribillada de dolor, dialogando con un interlocutor invisible que lo persigue sin tregua. «Fatígate de zumbarme en el oído, mosca del infierno...», dice exasperado. Es «el espíritu» que lo acosa, implacable. Demonios inferiores, entidades enemigas lo rodean. «Mi pensamiento apenas aparecido en el riel. ¿Estoy alucinado?... ¿Me he vuelto loco, o mejor dicho, me han vuelto realmente loco?... ¡Misterio! Yo he sentido en mi vida la influencia demoníaca. ¿Cómo defenderse?» ¿A quién acusa? Sabe, con toda certeza, que está hundiéndose en un tembladeral, el hombre que escribe: «Todo el amor de la tierra no sería capaz de templar la fiera esterilidad de mi alma, todas las lágrimas de ternura no ablandarían ese arenal crispado por el odio; la vana rebelión, la inútil querella han perdido este corazón y én el momento en que mi desventura se hace irreparable, un espectro me habla al oído y dice: Pierde la espe-

ranza. El Cuervo de Poe habla un lenguaje igual al de tu héroe, Manfredo...» Este trozo inteligible, entre largas parrafadas que no se comprenden, no es «literatura», sino la confidencia, el desahogo de un espíritu enfermo y lúcido a la vez; le adivinamos el retorcimiento de los nervios, el encrespamiento del alma chamuscada, salpicada de sombras. Habla en tercera persona, entabla consigo mismo un enfrentamiento tenso, perpetuo, que daña. Y dice de pronto: «Roberto, aquí no sirve el talento.» Su mundo se desmorona, y se da cuenta. Las palabras «loco», «locura», aparecen una y otra vez, en el balbuceo incoherente de una razón que se siente naufragar, en pérdida total. «Te quieren quitar la esperanza: la esperanza es una cosa que también se quita», gime. Es triste, fatigante y dolorosa la revisión de esos manuscritos, más aún si se tiene en cuenta que razones de parentesco hacen que nos toquen de cerca. El haz de papeles que hemos separado casi al azar son un mundo caótico, tumultuoso, de difícil acceso, evasión de la cordura. Una historia dramática se levanta de esas hojas arremolinadas, de arrebatada escritura, que se quiebra en frases fragmentarias, entrecruzadas en todos los sentidos. ¡Ah, no se equivocaba al decirse: «Roberto, aquí no sirve el talento»! Algunas de estas páginas hacen pensar en la escritura automática de los *mediums,* y acaso no nos equivocamos al suponerlo. Al respecto, recordamos una frase suya, en *Amor libre:* «Se habría dicho una sesión de Espiritismo, *al que soy tan afecto.*» (El subrayado es nuestro.)

Entre tanto, las licencias de su cargo suman un año con otro, y por fin, en 1923, solicita la jubilación, por imposibilidad física. Tenía cuarenta y ocho años, según consta en el informe médico del doctor Eduardo Lamas, que es categórico; hay error acerca de la edad si tomamos como año de nacimiento el de 1875. Anota el doctor Lamas perturbaciones síquicas, pero como considera posible su curación con un tratamiento adecuado, la solicitud de jubilación le es denegada. Es más: el informe especifica «Intelecto perfecto y sin una alteración en él». Pero Roberto no se convence ni se deja curar. Se sabe un desarraigado perpetuo, en rebeldía ante la sociedad, que él desdeña con vanidad de hombre superior. En abril de 1925, acogiéndose a una ley de febrero de ese año, insiste en la gestión jubilatoria. Señalemos que el informe de 1923 acusaba cuarenta y ocho años; el de 1925 —dos años después— apunta cincuenta y cuatro. El dictamen del doctor Rafael Rodríguez es menos optimista. El mal ha hecho progresos. En la ficha consta su temperamento muy emotivo y exaltado, y un «delirio crónico de persecución, con alucinaciones auditivas». Si bien la conceptúa rara, no descarta la posibilidad de curación. Pero esta vez sí se le concede el retiro, con el número de expediente 3.078, como

vemos en las «Memorias de la Caja de Pensionistas y Jubilados Civiles» correspondientes a los años 1924 al 26, y donde figura con sesenta y ocho años. Evidentemente, no hay certeza sobre la verdadera edad.

Su silueta elegante y provocativa no se veía ya, hacía mucho, por las calles céntricas. El bardo extravagante se había sustraído a la curiosidad y al comentario de los corrillos ciudadanos. «Roberto de las Carreras llenó toda una época montevideana, que fue la de su juventud. Disfrutó del aprecio que merecía su talento, que nadie desconoció; pero disfrutó más todavía con la certidumbre de que ponía una inquietud en los pobres de espíritu y una angustiada palpitación de curiosidad en muchos corazones femeninos. Roberto desapareció al fin. Parece que desde entonces no hubiera nada personal, original y fuerte en la calle Sarandí...» Son palabras de Orosmán Moratorio.

☆

Fuimos a visitarle por primera vez alrededor de 1948 o 49, en el sanatorio particular donde estaba internado hacía muchos años. Alto, erguido, fino, vueltos un plumón plateado los rizos que fueron rubios, cortés, medido el ademán, la actitud galante. Hablamos poco; pero fue él quien nos condujo a su mundo, un mundo detenido al borde de otra época, veinte, treinta años atrás. «Tengo un plan de urbanismo ahora —nos confió—; ya no me ocupo de poesía. Hay que quitar los carritos, que son antiestéticos, y ese hotel tan viejo; hay que dar comodidad al viajero. Hay que hacer jardines, poner palmeras a lo largo de la rambla...» Se refería a las desusadas casillas que en nuestras playas de comienzos del siglo, arrastradas por mulas, conducían a los bañistas mar adentro, y al viejo hotel de la playa de los Pocitos, demolido hace años. Mientras hablaba, veíamos desfilar en nuestra memoria, realizado, ese proyecto que nos confiaba, causándonos una sensación extraña, como una película proyectada hacia atrás. Su tiempo, idealmente, coincidía con la realidad exterior, desconocida para él. De pronto, como si susurrara un secreto, nos clavó los ojos penetrantes diciéndonos: «¡Está todo embrujado! ¡Todo está embrujado!...»

Volvimos otras veces; nos reconocía. Alguna vez que nos demoramos en volver, nos preguntó: «¿Estuvieron ustedes de viaje?» Y siempre con suma gentileza y expresándose con una dicción perfecta que llamaba la atención. Una vez nos dijo: «¡Ahora no se acuerdan de mí, pero cuando yo muera todos volverán a saber quién era Roberto de las Carreras!» Evocamos la predicción que en 1900 le hizo

desde *La Revista* Julio Herrera y Reissig: «Roberto de las Carreras estamos seguros que cambiará algún día de rumbo, anclando —a la hora crepuscular, cuando las ideas nadan tranquilas como cisnes en la soledad del espíritu y el corazón derrama las melancólicas armonías de un órgano— junto a esa playa donde las olas mueren en silencio, como los niños, coronadas de polvo de jazmines, como los viejos.»

No pudo ser más exacta la agorería. Ancló, rota la brújula, andando por otros rumbos. El crepúsculo le sorprendió despojado y silencioso, guardián del enigma de su huerto recóndito. Y nos enseñó que también a Luzbel le llega la hora de envejecer.

Le vimos de nuevo en diciembre de 1957. El poeta vivía entonces en La Paz, en el Departamento de Canelones, entre cuidados y ternura, rodeado del cariño familiar, traspuestos los ochenta años sin darse cuenta. Seguía viviendo en el ayer, maravilloso regalo concedido a su ancianidad por un destino que le reservó el sufrimiento y la injusticia. Fresco y puro el rostro sonrosado, sano, fuerte, todo pulcritud —¡y cómo no, con tres baños diarios de agua fría, verano e invierno!—, todo lejanía. Nos aproximamos para darle la mano, y lo primero que nos dijo —un poco tieso el gesto, levantando el brazo como para evitar que se acorten distancias— nos estremeció:

—«Estoy esperando la partida... ese traslado que no llega...»

Se refería a su traslado al Paraguay —¡todavía!—, pero nos sonó penosamente la otra verdad encerrada en sus palabras.

El hombre diabólico que cultivó la poesía y la neurastenia como dos formas de aristocracia; el revolucionario de los poemas amatorios; el aventurero desadaptado y en pugna con el medio; el espadachín novecentista se había convertido en ese viejecito esbelto, que vivía en un presente que no era el nuestro, y dialogaba en voz alta con los espíritus.

No nos dio lástima. No le compadecimos; ni había por qué. Tenía su mundo propio; era el amo de su dislocado universo, y vivía en él, soberano distante, emperador de su utopía, que a veces se negaba a dormir porque «el sueño quita los sueños». Pensábamos en Peer Gynt cuando exclama: «Yo fui libro de cantos dorados en manos de mujer. La sabiduría y la locura no son más que erratas de imprenta.» Así fue en el caso de Roberto.

Había algo inaccesible a su alrededor, una invisible muralla que lo defendía. Atrincherado, disimulado detrás de sí mismo, se le fue acercando la hora del atardecer, blandamente, como una compensación a tantos huracanes.

Roberto de las Carreras estaba, serenamente, esperando la partida, y su misterio se iría con él.

III. Gloria y ocaso de un elegido

Arcángel, mi corazón, Sinaí de los tormentos,
¡relampaguea de dolor!

(«La visión del arcángel».)

La vida de Roberto de las Carreras, que fue como un guante arrojado en reto a los cánones de una sociedad que le quedaba estrecha, ha servido siempre a los cronistas el plato fuerte de la comidilla literaria, y todos han mordido en el buen bocado, regocijados asistentes a un festín que no tuvo piedad para el ser humano que se despedazaba para saciar la voracidad de los comensales.

Es verdad que él fue un desafío a las convenciones; es verdad que se ufanó en quebrantar normas y sobresaltar la rutina; es verdad que cultivó deliberadamente la insolencia, la excentricidad, el revuelo, díscolo y cándido ángel malo que fomentó en el Montevideo finisecular su propio mito, como una planta exótica que se expandía incómoda en el clima burgués y mojigato de sus contemporáneos.

Pero no es menos verdad que Roberto de las Carreras sintió en torno suyo, desde muy temprano, la curiosidad maligna y el comentario avieso sobre sus orígenes que, si ilegítimos, eran tan encumbrados, era tan preclaro el abolengo patricio, que lo hicieron más visible aún, y, desde muy temprano, comenzó a tascar el hierro de un estigma que no era culpa suya. Indudablemente el fermento hereditario de demencia y rebeldía que alentaba en él recibió estímulo ante la afrenta sostenida que se arrojaba sobre su nacimiento; indudablemente fué tenaz el aguijón clavado una vez y otra en el alma neurótica; y por reacción, entre callar pasivamente sobre aquello de lo cual todos hablaban, o hablar él primero y más fuerte, reír más alto que nadie, y provocar antes de ser atacado, optó por la actitud beligerante y ostentosa. Cabe creer que le causó daño la perpetua curiosidad, la habladuría que le seguía los pasos; sin duda alude a la mortificante situación que le rodeara siempre, en esta frase aislada, perturbada ya su mente cuando la escribió: «La cuestión indecisión, el alfilerazo público, la impunidad de la *canalla.*»

La avasallante juventud de Roberto conoció el triunfo, el halago mundano, el deslumbramiento de los que le sabían rico, la aprobación de sus excentricidades en las que todos reconocían el asomo del talento. Era la hora dorada de las bohemias ilustres, la conjunción de glorias que se reunían para tomar cafés en las madrugadas de un Montevideo que nunca ha vuelto a tener tan alta la fiebre del verso, de la palabra encendida, de la creación, del arte, de la polémica, del discurso; que vivía en plena vehemencia de ideales y estimulaba el

alarde del intelecto, enfática de mayúsculas, abundosa de signos de exclamación y suspensivos, desorbitada, con la misma exageración de las melenas y las ondeantes chalinas de sus vates soñadores y pobres.

Roberto de las Carreras, antes de su viaje a Europa, que le llevó quizá hasta Turquía, había ingresado al mundo literario con un volumen de versos publicado con el seudónimo de *Conde Kostia,* y otro ya con su verdadero nombre, *Al Lector,* de 1894. «Sólo una parte del poema *Al Lector,* de Roberto de las Carreras, se publicó en la selección de poesías uruguayas, llevada a cabo por Víctor Arreghine en 1895. Se ofrece allí también una noticia breve del poeta y se le asignan dos libros de versos y una novela, como obras publicadas hasta entonces», escribe Emilio Oribe, quien señala «los valores líricos intrínsecos, una exquisita madurez de expresión, gran seguridad en los procedemientos e ironías de planos superiores admirablemente manejados», en los poemas de dicha antología, y llega a afirmar Oribe, refiriéndose al dominio mostrado por Roberto en el uso del verso alejandrino adaptado del francés: «En esta parte del continente sólo Roberto de las Carreras se preocupó de la construcción de hermosísimos poemas escritos en esa novedosa forma métrica.» Vaz Ferreira —seguimos leyendo a Emilio Oribe— transcribe en *Ideas y observaciones* y en su ensayo sobre «percepción métrica», fragmentos de aquellos poemas; y concluye Oribe sosteniendo categóricamente que, «en lo que se refiere a la constancia y habilidad y riqueza, en la utilización de la novedosa forma métrica, el poeta uruguayo aventaja a Gavidia y a Darío, pues mientras éstos incidentalmente usaron el alejandrino francés, intercalándolo entre las formas propias del español, Roberto de las Carreras escribió sus poemas utilizando entera y sabiamente la variante francesa» (Emilio Oribe: «Roberto de las Carreras y el verso alejandrino», Revista *Hiperión,* núm. 8).

Es interesante señalar que ese proceso de adaptación métrica, el muchacho veinteañero lo había madurado antes de su contacto con la capital francesa. El dominio de ese idioma, que perfeccionará viajando, era ya completo. Pues también es innegable que Roberto poseyó un bagaje considerable de cultura, que no descuidó de acrecentar en ningún momento de su vida.

Cuando, luego de tres años de ausencia, regrese a Montevideo, vivirá los años más sonados de su anecdotario, padecerá su amor propio por el fracaso de su matrimonio, se constituirá en el terror de las jóvenes y en la pesadilla de los maridos, y entre 1900 y 1905, su intimidad turbulenta y desequilibrada irá jalonando su existencia espectacular con folletos en los que patentiza el arrebato, el numen excitado, el erotismo exhibicionista: *Sueño de Oriente, Amor libre, Don*

Juan, Oración pagana, El Amor y el Divorcio, Yo no soy culpable..., En onda azul..., y el más celebrado y difundido, *Psalmo a Venus Cavalieri,* nacen en ese lustro. En todos, un espíritu ardoroso que no recata su desdeñosa impudicia, su altanería, su soberbia de aristócrata que quiere desconcertar a los buenos burgueses y firma con candorosa petulancia, como lo hemos visto en la dedicatoria de su retrato para Alfredo Marfetán, nada menos que... «Luzbel de las Carreras». También datan de ese lapso —1905 y 1906— las dos jugosas y clamorosas polémicas de Roberto, con Alvaro Armando Vasseur la primera y con Julio Herrera y Reissig la segunda, a las que ya nos referimos, y en las que perfecciona hasta lo inverosímil la ingeniosidad exasperada del insulto con los matices más originales, desapacibles e hirientes de nuestros anales literarios.

Después de esas fechas, se inicia el descenso. Como un claroscuro —aguafuerte sombrío— su existencia tiene antítesis violentas. Primero fue la mocedad brillante, la fortuna, la gallardía física, el dandismo desenvuelto que tuvo muchos imitadores, la notoriedad literaria, el incienso de la aprobación. *Y a casi todos mi persona inspira / una especie de burla cariñosa,* decía en un poema. «Cariñosa»: se le mira benévolamente, todavía. Vendrá después la contrariedad, el infortunio, el repudio de las gentes, la penuria económica, el refugio de un oscuro consulado en una provincia brasileña, el exacerbamiento de su mal síquico, para ir cayendo, peldaño a peldaño, en la sombra de sí mismo. La sombra de Luzbel...

Va a quedar atrás la hora pontifical del Café «Moka», de los hermanos Roletti, ubicado en Bartolomé Mitre y Policía Vieja. Allí imperaba «Roberto Magno», entre jóvenes adictos y secretarios voluntarios que recogían al dictado sus improvisaciones, que él no se dignaba anotar; concurrían «Aurelio del Hebrón», que más tarde, dejado a un lado el seudónimo, daría paso al crítico decisivo que es Alberto Zum-Felde; Carlos María de Vallejo, José G. Antuña, Natalio Botana, Alfredo Marfetán, Julio Raúl Mendilaharsu, Avelino Basilio Velasco, el pintor De Cádiz, Domingo Arena, Anacleto Dufort y Alvarez. Aunque hay quienes los incluyen en la rueda, no pertenecían a esta tertulia Lasso de la Vega ni Florencio Sánchez; éste iba al Café «Suizo». Acudimos a los recuerdos de don Alfredo Marfetán, que con suma gentileza evoca esos tiempos de compartida camaradería. Se refiere a la fraternal intimidad de Roberto con Arturo Santa Ana, a su carácter silencioso, pese a la fama turbulenta; a la gran ingenuidad, o credulidad, de Roberto; a su ingenio chispeante. Nos tiende un trocito de papel con una frase sonora y enfática: «Abriré una tumba e internándome en ella, llegaré hasta el fondo ancestral

para alumbrar con mi pensamiento la inmensa soledad suspensa»; era una frase anotada por Barboza, estudiante de Medicina que desempeñaba el papel de secretario suyo en aquellos años, antes de recibirse y marchar a Tacuarembó, donde murió. Estaba Marfetán con Roberto en el Café «Moka», cuando alcanzaron a éste los primeros ejemplares de su opúsculo *Don Juan,* y aquél sugirió enviar uno a la Sociedad «Entre Nous», que integraban distinguidas señoritas de la *élite* montevideana: Alvarez Mouliá, Pena Díaz, Saavedra, y cuya sede estaba en la calle Sarandí, en los altos de la Casa Maveroff. Recogió la idea Roberto, y firmó un ejemplar que Barboza llevó en seguida, dedicándolo, maliciosamente: «A la Sociedad "Entre Nous", con el ruego solícito de que sustituya su nombre por el de "Entre Nous... et Vous, ¡Don Juan!"» ¡Y estas pecaminosas travesuras espantaban a las severas matronas! Marfetán rememora la elegancia de Roberto, su apostura, su destreza en el manejo del florete, su costumbre de entrenarse en la rinconada de la plaza Zabala a la una o dos de la mañana. Señala asimismo su maravillosa manera de decir los versos, y recuerda algunas madrugadas lejanas sobre las cuales ya ha pasado medio siglo, cuando Roberto, en un «boliche» en la esquina de las calles Colonia y Paraguay, recitaba en impecable francés *Les Nuits,* de Musset.

¡Horas distantes! Se sonríe al contarnos que cierta vez, momentáneamente resentido con Roberto, Zum-Felde dejó de concurrir a la tertulia del «Moka». Y el poeta, que estaba con Marfetán y Barboza en su mesa habitual, le vio cruzar acompañado de Vallejo, Antuña y Botana, y apuntó risueño: «¡Ahí van los huelguistas!» Otra vez, pasaba Lasso de la Vega, el bohemio magnífico, que llevaba uno de aquellos enormes galerones de la época, e hizo exclamar al impertinente: «Pasa el condenado a galera...»

Nuestro amable informante insiste en el costado iluso, soñador, del poeta, sobre el cual corren tantos episodios, los más apócrifos, como el de su afición al ajenjo. «No tomaba una gota de alcohol. Café, sí, en gran cantidad.» Y, más importante aún que el aspecto anecdótico, el amigo de Roberto subraya la seducción que sobre éste ejercían las bellas palabras, llegando a sostener, por ejemplo, que «la palabra Byron tenía para él la vibración sonora de una cuerda de arpa»; y su convencimiento de la influencia de los apellidos en el destino de las personas, que le hacían proferir cosas como éstas: «Si Víctor Hugo se hubiera llamado Juan Pérez no hubiera escrito *La leyenda de los siglos*», o: «Si Napoleón se hubiera llamado José Fernández no habría pronunciado en la campaña de Egipto aquello de "¡Soldados, desde lo alto de estas Pirámides cuarenta siglos os contemplan!".»

Pero todo eso ha ido sumergiéndose en la penumbra, como su razón. Su historia pública, desde comienzos de la segunda década del siglo hasta su jubilación, se cierra en diez fichas del Ministerio de Relaciones Exteriores, a partir del Decreto del 26-II-1907 por el cual don José Batlle y Ordóñez lo nombró Cónsul en La Plata. Toda la final historia dolorosa se sintetiza en ellas: Julio 23/913, Consulado en Asunción. Octubre 7/913, Consulado en Paranaguá. Noviembre 26/914, Consulado en Villa Encarnación (no fue nunca). Enero 24/925, licencia indeterminada por enfermedad; resolución 23-I-1925 que regulariza situación. Febrero 14/925, licencia. Prórroga de tres meses; resolución 13-II-1925. Mayo 14/925, solicita licencia de tres meses. Mayo 23/925, licencia; se le concede prórroga de dos meses con goce a contar del 13-V-1925. Julio 15/1925, licencia; solicita prórroga hasta obtener su jubilación. Julio 24/925, jubilación concedida el 20-VII-1925. Nota del Ministerio de Hacienda.

Tras la fría impersonalidad de las fichas, bulle el penoso drama, la enfermedad que avanza, la locura que le martiriza.

IV. El fin del infortunio

Cuando supimos que había muerto el poeta anárquico y desdichado, el 13 de agosto de 1963, fuimos de nuevo a hojear el puñado de viejos manuscritos torturados que años atrás nos confiara su hijo y familiar nuestro, Raúl de las Carreras, ya fallecido también. Con paciencia hemos procurado desentrañar alguna revelación, algún atisbo del alma abrasada que se confió a ellos en el extravío de su razón, pero el hombre difícil y amargado, susceptible y cauto, se escamotea tras su embozo de sombras. La escritura tortuosa, fatiga y apena, pero de pronto un párrafo, una frase, una palabra suelta, obligan a la reflexión. Mucha luz, a veces demasiada, se ha proyectado sobre sus excentricidades montevideanas. Pocos datos tenemos, en cambio, de los años vividos en Paranaguá. ¿Qué hizo el Manfredo rioplatense, en un clima riguroso, lejos de sus tertulias, expatriado de la ciudad vieja donde cada esquina lo reconocía? Sin duda, la temperatura, el medio, todo conspiró en su infierno. Quizá fuere la lectura su única evasión. Parece atestiguarlo la correspondencia con editoriales, francesas principalmente, a las que solicita el envío de libros, con el proverbial gusto por las buenas encuadernaciones. En un block de cartas del Hotel «Guarany», de Joao Richiardella, anotada de su propia mano, consta una lista que se extiende a lo largo de diez hojas, que abarca desde los cuentos de Perrault a Rabelais, desde los *Essais* de Montaigne a

Don Quixotte, de los clásicos griegos a los manuales de higiene o libros de arte, en francés todos, señalando a un costado «Reliure amateur-toile-tranches dorées» y anotando al lado el precio en francos de cada uno. Pedido o inventario, ¿qué se hizo de aquella biblioteca? Las cartas de la librería Armand Colin, de París, están dirigidas a «Monsieur Robert des Carrères, Rue Montévideo, n.º 6, Curytiba». Un borrador de Roberto pide a la misma casa «des grammaires et diccionaire *(sic)* pour l'étude de la langue grecque et le prix de ces livres pour faire la demande». De todo esto se desprende que la preocupación por la cultura seguía viva en él, pese a la adversidad de su destino.

Y de pronto encontramos un folio que nos deja en suspenso. Otra mano que la suya, algún amanuense sin duda, escribe al dictado, al editor Antonio Barreiro. El poeta ya ha regresado a Montevideo —sin duda en alguna de esas licencias que fueron prorrogándose hasta su jubilación—. Y el texto dice lo siguiente: «En la ciudad de Curitiba, capital del Paraná, en casa de un editor llamado Hoffman, dejé un material de imprenta destinado a la impresión de un libro, me ha sido imposible interesar a nadie en el hecho de hacerlo traer; me dirigí precisamente a su casa a fin de que se escribiera a Hoffman; la respetabilidad de la casa, el hecho de tratarse de la misma actividad, editorial, etcétera *(sic),* parece ofrecer garantías; no he recibido contestación; renuevo con ésta la proposición de que usted se interese; hágame saber por el portador si algo puede hacerse en ese sentido.» Pero lo que más nos llama la atención es una anotación manuscrita del propio Roberto: «Este libro se halla dedicado a Dios, muy alto y misericordioso.» ¿Qué es esto? ¿Existió tal libro? ¿Y con tal dedicatoria? En el librepensador, si así fue, ¿trataríase de conversión inesperada? ¿O sarcasmo, ironía, burla? ¿Cómo saber de aquellos materiales, probablemente nunca rescatados?

En esas licencias por enfermedad que le trajeron de regreso a la patria, vive en cierta época en una casa modesta de Villa Dolores, insistiendo en su régimen vegetariano, que seguía desde hacía años. Ya en facturas de su hotel de Curityba, nos llamó la atención la enorme cantidad de «garrafas de leite» ingeridas por «O Illmo. Snr. Roberto de Las Carreiras», como consignamos más arriba. Otro alimento que ése no figura en las mismas. Y escribir, escribir, dialogando consigo mismo o con «el espíritu», demonio que no se separa de él, se le vuelve obsesivo, pesadillesco. Los manuscritos de esos años lastiman, porque trasuntan desesperación, angustia, clamor de un alma que ha extraviado la ruta y se da cuenta. De pronto, un llamamiento desesperado: «¡Roberto, Roberto, Roberto, Roberto!» Se llama a sí pro-

pio, se alude en tercera persona, se desdobla. De repente, párrafos incomprensibles, extraños: «Tengo un aire de escapado y es lo que hace mi infelicidad, pues no siendo de América no soy tampoco de Europa. ¿De dónde soy, pues, de la Luna? Me he declarado, por mi propia cuenta, heleno, creo descender directamente de los primeros que al hablar cantaron. La vida no sería para mí sino un canto, si a ello no se opusieran la pitada de las usinas o el estruendo de las locomotoras y de las maquinarias. ¿Qué hacer? Confiar en la brevedad de la vida. Para mí el tiempo no pasa.»

Repetimos: «el tiempo no pasa». ¿Advertía entonces la falacia de su mundo, ese mundo que para él se detuvo en el umbral de la madurez, prolongándose desde el momento en que su razón se apaga, en un ininterrumpido presente en el que permanecía inmóvil, espectador de su caída, aturdido por las voces que resonaban dentro de sí, martirizándose al punto de que la palabra «insufrible», repetida una y otra vez, parece la clave que da la medida real de su tormento? Su trasmundo de sombras está invadido de espectros crueles que no le conceden el supremo bienestar de la paz, del reposo íntimo. El «espíritu», con el que se enzarza en dialogados balbuceantes, vertiginosos, no le da tregua. Lo hostiga, golpea, ronda constantemente. «¡Roberto, Roberto, Roberto!», se grita, desesperado. Su existencia se enfrenta con un espejo deformante, y la caricatura parece salir del azogue y atormentarle despiadadamente. Entre páginas de extensos desvaríos, exclama de repente: «Roberto, a los hijos naturales no se les respeta»: sin duda ahí subyace el nudo de su drama, de su patético sino. Incoherente, inconexo, su pensamiento galopa desbocado, salta de uno a otro tema, como si volcarse en las cuartillas fuera el solo desahogo para un sufrimiento que se palpa, pues transmite su vibración y su angustia jadeante aunque la escritura sea indescifrable. Se da cuenta de que está todo perdido. Quizá por eso se aferró a su frontera entre razón y delirio, y se quedó allí, tras la puerta de la realidad, resarciéndose de su frustración, después de haber sido mimado por la suerte y haberlo tenido todo en las manos para un gran destino. El gran burlón, el satírico y desdeñoso Roberto de las Carreras, el «dandy» agresivo y protagónico, que se concedía a sí mismo «interviews voluptuosas» cuando su mujer lo engaña, el que escribía a Lisette las cartas desenfadadas que inserta en *Sueño de Oriente;* el que defiende la libre elección del amor en la *Oración pagana,* junto con la cordura va despojándose del humorismo, de la petulancia, del gesto bizarro, del arrogante énfasis que tuvo su ápice en el *Psalmo a Venus Cavalieri.* Cuando empieza a sentirse «vacilante, en los campos de la ebria

razón metafísica»; cuando su acento se espiritualiza y el soplo filosófico arrecia en su creación literaria, inicia la etapa postrera que lo arrodilla ante su infortunio.

De ese infortunio, ¿qué documento más hiriente y convulso que ese haz de manuscritos deshilvanados? De ellos se desprende que un orbe confuso, poblado de ruidos enloquecedores, de seres enemigos, lo acorrala. Un nombre de mujer aparece, frecuente: «es preciso dejar de pensar en Leila»...; «la mirada demoníaca de Leila»... ¿Quién es «la preciosa Leila», que aparece nombrada tantas veces? ¿Criatura real o enamorada imaginaria? ¿Qué «vecinas» son esas a las que menciona con recelo a cada paso, las vecinas que «comentan», «hablan», «dicen», «murmuran»? Y siempre, aquí y allá, el término revelador: «insufrible». ¿Puede extrañarnos que dijera: «Te quieren quitar la esperanza; ¿la esperanza es una cosa que también se quita»? ¿Se refiere a esa ignota Leila cuando escribe: «Su voz fina, femenina, muy suave, la voz como la de una monja, por su pureza, su compostura, me habla queriéndome disuadir, reprochándome que yo la he dominado, que por mí se ha perdido, que "se reía de mí", qué inconstancia, me dice. ¡Hay interés en que yo me aleje, criatura! Bella criatura, entre tú y yo se interpone un mundo insospechado... los malos espíritus»?

En el crispado, desolador peregrinaje por estos papeles amargos, donde aparecen repetidamente «Bó» y «Bá», nombres con los que sin duda bautizara a algunos de esos infernales espíritus que convivían en su conciencia, nos sale al encuentro otro fragmento curioso, en el que hay extravío y lucidez, penosa radiografía de un alma atribulada: «Las bocinas se hallan sonadas por los demonios. Las bocinas, cuando está bó (?) es insufrible. Insufrible, me dice el espíritu, insufrible. Las pruebas de que es un espíritu quien habla: mi pensamiento es al punto conocido por las vecinas; es al punto anunciado por las bocinas lejanas, por voces callejeras; yo había observado que mi pensamiento era por las criaturas repetido en la calle... Luego, yo hablo, respondo a la voz que me es dirigida, me responde y hasta discute conmigo; es más, no necesito expresar mi pensamiento; apenas éste se inicia en mi cerebro es respondido por la voz que me habla al oído... Mis gestos, mis actos en la oscuridad son conocidos al punto y comentados por la voz en la oscuridad. Lo que me aparta completamente de la hipótesis de ventriloquía, el fenómeno... Por otra parte, ¿cómo un ventrílocuo a distancia podría hallar siempre mi oído y el oído derecho como si supiera que la audición del izquierdo es imperfecta por causa de una enfermedad ha tiempo sufrida? La inteligencia que se revela parece expresar el sentir corriente; es exactamente como si

hablara el oído de una persona de este mundo. (Esta noche va a morir, dicen las bocinas; moriré cuando así se halle dispuesto en el Orden.)»

Así fue, pobre poeta de la desesperación y la locura; sí, Roberto, «aquí no vale el talento». En su desequilibrio poblado de duendes, de formas larvadas, ¿cómo defenderse? ¿Fue para exterminar a tanto fantasma por lo que compró en la Armería Oriental el 4 de junio de 1915, un revólver de grueso calibre? ¡Como si pudieran aniquilarse los espectros a balazos!

La vida tensa y exasperada rompió al fin sus resortes, y el apaciguamiento llegó como último regalo de las hadas díscolas y rencorosas que lo amadrinaron al nacer. El tiempo tuvo al fin piedad de él. Y poco a poco el invierno suavizó el drama, y una noche de olvidos fue apartando del desterrado los espectros tremendos. Entró en la ancianidad desposeído, sin recuerdos, dulcemente cuidado por su hijo hasta que éste murió, por su nuera, sus nietos, que le rodearon amorosamente en su penumbra, sintiendo a ratos que «todo estaba embrujado», pero sin rebelarse ya contra el embrujo. Su muerte cierra el ciclo de su vida física, pero no interrumpe una leyenda que echó a andar con él desde la mocedad.

DORA ISELLA RUSSELL
Casilla 2.611, zona 2
MONTEVIDEO (Uruguay)